

Nuevas tecnologías para la docencia y la investigación en diseño

Autor: D.I. Luis Romero Regús

Universidad Autónoma Metropolitana/ México

Antes que nada, agradezco la invitación que me hiciera el Instituto para asistir a este evento que me da la oportunidad de encontrarme con entrañables amigos cubanos y de otros países latinoamericanos (así como de tierras más lejanas). Antes quiero levantar la voz, y perdón por no poder evitar este tipo de manifestación justa y necesaria que aparentemente no nos corresponde a los diseñadores, pero no puedo dejar pasar la oportunidad. Quiero levantar la voz fuerte y lejos contra el descaro, la desfachatez, la injusticia y la enorme contradicción de quien se lanza mundialmente contra el terrorismo y protege a uno de los peores y más sanguinarios terroristas que conoce América Latina, me refiero claro está a la complicidad mostrada hasta ahora por el gobierno de los Estados Unidos en el caso de Luis Posada Carriles, terrorista cubano que atentó contra un avión de Cubana de aviación en 1976 asesinando a 73 personas entre otros actos terroristas bien documentados. Por lo tanto, en el marco de este encuentro internacional le expreso a Bush y al gobierno de los Estados Unidos mi mayor indignación y rechazo por sus acciones geopolíticas y su complicidad con el terrorismo que supuestamente combate. Asimismo, les digo a los familiares de aquéllos que murieron en tan detestable acto terrorista que no hemos perdido la memoria y les pido disculpas por no haber dado mayores muestras de solidaridad para con ellos y el pueblo cubano.

Permítanme iniciar esta conferencia intentando situar mi posición en torno a la realidad que vive la actividad del diseño, al menos en América Latina, aunque sospecho que es una realidad más abarcativa. Lo considero necesario ya que voy a tratar el asunto relativo a las nuevas tecnologías aplicadas a la formación de los diseñadores, un tema necesitado de “impensar” el diseño (a la manera de Wallerstein 1998), no de repensar como hacemos comúnmente con estos y muchos otros asuntos. Los invito pues a que “impensemos el diseño”. Pero ¿Por qué “impensar” el diseño?

Resulta normal referir que los grandes diseñadores y pensadores del diseño repiensen los asuntos relativos al mismo, sobre todo cuando nuevas evidencias socavan las viejas teorías y las predicciones no se cumplen. Podemos afirmar también que gran parte del diseño durante el siglo XX se repiensa constantemente en la forma de nuevas, más económicas, eficaces y útiles soluciones de diseño. Sin embargo, creo que además debemos “impensar” debido a que muchas de nuestras suposiciones están demasiado arraigadas en nuestra mentalidad y éstas, consideradas en su momento plausibles, pueden ser hoy la principal barrera intelectual y práctica para analizar con alguna utilidad futura la incorporación de nuevas tecnologías, la creación de nuevas objetualidades, la formación de los diseñadores y su práctica profesional.

Sé que habrá quien no esté de acuerdo con esta breve y hasta un poco esquemática descripción histórica que haré del entorno del diseño ni con el análisis histórico que intento realizar. Pero me parece que quienes han realizado la crítica del diseño desde el punto de vista teórico, aún si sus críticas son formales y pertinentes, las hacen ligados a una visión del mundo (en el sentido alemán del término) ante la que no se asume la suficiente crítica (el inconsciente es más rápido

y tiene más memoria que el consciente), asunto en el que muchos nos contradecimos incluyéndome yo, lo que me confirma que muchas de nuestras suposiciones metodológicas (y aclaro que no me refiero a las metódicas del diseño) están sumamente arraigadas por lo que me parece que debemos “impensarlas”.

Con esta breve y sucinta base me propongo exponerles algunos temas que considero centrales para “impensar” el diseño y que estarán determinados, en principio, por la interpretación marxiana, tratando de desprenderme de los desarrollos marxistas lineales y mecanicistas, buscando categorías y conceptos que tengan pertinencia histórica.

En este intento, he considerado conveniente hacer un brevísimo recorrido por el desarrollo del capitalismo desde la Revolución Industrial, entendida esta como el antecedente de la expresión de la modernidad tecnológica (Wallerstein 1998) debido a que es un componente insustituible para analizar y dar origen y significación a lo que, en la fase fordista del desarrollo capitalista conducirá al diseño de infinidad objetos, productos, artefactos y procesos industriales generados en y para el nuevo régimen de acumulación.

Desde este punto de vista la revolución industrial motiva nuevas relaciones sociales que propician una importantísima migración del campo a las ciudades, notable incremento de la técnica que transformaría la organización y capacidad de las industrias modificando radicalmente la estructura agrícola y urbana existente, en donde la población requeriría de más y nuevos artículos de consumo y servicios públicos. Esta fase del modo de producción propiciaría la paulatina desintegración del artesanado que irá incorporándose a las nuevas fábricas, en las que los procesos se desagregan motivando una nueva división del trabajo que implica, por un lado, la descalificación de los artesanos y, por otro, la fragmentación del conocimiento y la especialización del mismo en fracciones útiles al nuevo modelo de acumulación.

En suma, la modernidad construida durante la revolución industrial se consideraba positiva y se caracterizaba por la tecnología más avanzada, en el marco del inagotable progreso tecnológico y la innovación incesante (Wallerstein 1998). Esa era una modernidad material representada por la máquina de vapor, por las hilanderas mecánicas, hornos de fundición, barcos de vapor y en su momento el ferrocarril.

A la vez que se consolidaba la modernidad tecnológica se generaba también una visión anti medieval de la modernidad que se oponía al dogmatismo y la reducción de los individuos. Se trataba del triunfo de la libertad humana contra las fuerzas del mal y la ignorancia, una trayectoria de progreso tan inevitable como la del avance tecnológico. Esa trayectoria no era la modernidad tecnológica sino la modernidad de la liberación, de la democracia sustantiva, de la realización humana (Wallerstein 1996). Uno no puede dejar de preguntarse cómo sería el mundo hoy si hubiese imperado la modernidad de la liberación, pero no es este el asunto que nos reúne aquí.

Este intento de impensar conduce a un recorrido breve por el desarrollo del capitalismo desde inicios del siglo XX, el cual podría entenderse como una sucesión de crisis estructurales. Así, en 1929 (a pocos años de creada la Bauhaus) se desencadenó una crisis económica mundial precedida por una serie de movimientos revolucionarios, como las revoluciones mexicana y rusa. La solución a esta crisis consistió en implantar un nuevo modo de acumulación y de regulación,

a saber: el fordismo que generó las condiciones necesarias para el mejoramiento estructural de la rentabilidad del capital a escala mundial.

La primera guerra mundial y la Revolución Rusa de octubre son acontecimientos políticos, sociales, culturales y tecnológicos que modificaron la geopolítica mundial y formaron la base, en muchos más sentidos de lo que imaginamos, para la supremacía de los Estados Unidos a nivel internacional. Esta supremacía se venía construyendo desde el siglo XIX y culminó con el régimen de acumulación fordista basado en los procesos laborales tayloristas. Entre otras, ese modo de acumulación, trajo como consecuencia la producción masiva de bienes de consumo estandarizado y considerables reservas de productividad lo que propició un crecimiento económico sin paralelo. No deja de llamar la atención la institucionalización de la Bauhaus en ese período, lo que remite a la pregunta de si esa institución nació como un movimiento anti sistémico frustrado por el régimen nazi, lo que habrá que analizar con mayor profundidad en otro momento más adecuado.

Las características del capitalismo fordista pueden resumirse en:

- La imposición de una estrategia de acumulación que descansaba en una producción taylorista en masa con una fuerte expansión del trabajo asalariado a expensas de las formas pre capitalistas de producción agrícolas y artesanales;
- Imposición de un modelo de consumo masivo encaminado a la ampliación del mercado interno y a la incorporación del consumo de los trabajadores al proceso de reproducción del capital;
- Vinculado a esto, el establecimiento de una forma de regulación política y social que se caracterizaba: por el alto grado de intervención estatal en la dirección de la economía; por una expansión de la política estatal de crecimiento, ingreso y ocupación y por el reconocimiento de los sindicatos y la institucionalización política de compromisos de clases en el marco de estructuras corporativas;
- El establecimiento de condiciones básicas de producción, del hombre y de la naturaleza se convirtió en un asunto de regulación social.
- Es el período en el que se desarrolla el diseño industrial como práctica institucionalizada. Es decir, reconocida por el nuevo modo de acumulación y regulación social, política y cultural.

El fordismo sirvió por un tiempo para progresos importantes en el ámbito de la producción, con altas tasas de ganancia y crecimiento económico relativamente constante, en lo que el diseño tuvo una participación destacadísima. Así, en las dos décadas posteriores a la segunda guerra mundial, por primera vez en la historia del capitalismo, parecía realizable la unión de un creciente ingreso masivo, soporte del consumo de infinidad de objetos, con una enorme ganancia de capital y la consecuente degradación del medio ambiente.

“La denominación de “fordismo” para este período histórico del capitalismo tiene su origen en la implementación de la producción masiva taylorista en las plantas automotrices de Henry Ford. Esto no sólo revolucionó la organización del trabajo capitalista y todos los procesos económicos, sino además las estructuras de clase, las pautas de valores y los modos de vida. El automóvil

como bien de consumo de masas puede ser considerado, en cierto modo, el producto clave de esta época”.

“La introducción del taylorismo implicó una destitución de los obreros calificados, que contaban aún con una forma artesanal y poseían amplios conocimientos de los procesos productivos. Fue por este medio que el capital pudo someter bajo su control total todos los procesos laborales y, a su vez, esto generó el enorme potencial productivo del nuevo modo de acumulación.”

En el análisis de estos procesos laborales habrá que incorporar, en su momento, al diseño industrial como aquella actividad intelectual necesaria para la acumulación y el incremento del consumo. Efectivamente se modifican los procesos artesanales, y otros incluyendo los de la estética, la ingeniería y la arquitectura para dar paso a una práctica capaz de integrar conocimientos técnicos, estéticos y funcionales, como valores, procesos productivos y de mercado al control del diseño de bienes estandarizados de consumo que dan cauce en gran medida a la requerida inmediata valorización del capital, coadyuvando a una transformación profunda de “todas las estructuras de la sociedad, de las relaciones sociales y las condiciones de vida.”

Las huellas de todo esto “pueden ser seguidas hasta en las áreas de la estética, el pop art, la “nueva objetividad”, el funcionalismo de los espacios urbanos y en la arquitectura. El fordismo fue fundamento social y económico (y agregaríamos que político e ideológico) de la “modernidad” [...]” También puede ser seguida en la familia nuclear que se constituye en el centro nodal de un modo de vida generalizado para todas las clases y en la que “el diseño” desempeñó un papel muy importante para la construcción de consensos y del máximo bienestar material de los sectores asalariados. Es por esto que la estandarización y repetición en masa de los objetos fue de tal trascendencia en esta fase histórica del capitalismo, se trataba pues de diseñar para satisfacer los “nuevos deseos” de una sociedad en la que todos consumen lo mismo, aparentemente...

Esta situación no duró mucho tiempo, ya que para los años setenta se originó una nueva crisis económica mundial que sufrimos hasta nuestros días a la que no es ajena la actividad del diseño industrial, las causas pueden entenderse en el marco de la lógica propia de las tecnologías tayloristas y los procesos de trabajo existentes. Al no poder elevar a voluntad las ganancias del capital se volvió a estancar el proceso de acumulación y crecimiento. Esta crisis afectó notoriamente las actividades relativas al diseño industrial, no sólo a los diseñadores industriales, también los ingenieros, arquitectos, científicos y otras, muy especialmente a los productores medianos y pequeños que no pudieron enfrentar los problemas financieros y tecnológicos, así como la política de subconsumo que se utilizó como medida controladora. En este escenario, los diseñadores industriales de los países en los que el Estado nacional de seguridad aún era fuerte, vieron como su actividad se corría hacia el sector de los servicios. En las instituciones de educación superior se estancó el desarrollo de los contenidos humanistas, se intentó estandarizar los programas de estudio y la tendencia a una formación de carácter técnico se fortaleció.

Con los elementos hasta aquí planteados podrá determinarse con mayor precisión lo que significa “globalización”: la decisiva estrategia del capital como solución a la crisis del fordismo; es decir, que la liberalización radical del tránsito de mercancías, servicios, dinero y capital debe

ser la condición previa de la renovada racionalización sistemática del proceso de trabajo en la producción capitalista, y ello, a la vez, está vinculado con la destrucción del compromiso fordista de clases y de sus bases institucionales así como con una degradación del medio ambiente a nivel planetario que amenaza ya la supervivencia de las especies.

En este contexto, se configura una forma de Estado en franco contraste con el Estado de seguridad fordista que actuaba, o por lo menos pretendía hacerlo, como un gran organizador de la sociedad: la individualización capitalista debía superarse por la vía burocrática; la política de seguridad material sostenida por partidos “populares” reformistas y sindicatos fuertes, apuntaba hacia un amplio y comprensivo “centro” y estaba flanqueada asimismo por aparatos estatales de represión y vigilancia, con estrategias de control y prevención igualmente abarcadoras.

A diferencia del Estado de seguridad, el Estado nacional de competencia se distingue por la renuncia a las estrategias de integración material abarcadoras. En lugar de la normalización, estandarización e igualación burocráticas, el individualismo, la diferencia y el libre mercado se convierten en valores dominantes. El Estado ha perdido, como consecuencia del proceso de globalización, una parte esencial de su instrumental intervencionista y la creación de las condiciones óptimas de revalorización del capital internacional en la competencia interestatal se ha convertido en la política fundamental, al mismo tiempo que los diseños van perdiendo identidad o, si se quiere ver de otra manera, van adquiriendo una nueva en la que las cosas se parecen cada vez más a su dueño: el capital.

En esta perspectiva y como reacción al modelo mercantilista de educación superior que promueve el neoliberalismo, se destaca la reciente reunión de la Unión de Universidades de América Latina y el Caribe (UDUAL) llevada a cabo en la Ciudad de México en el marco del Encuentro Internacional de Educación Superior UNAM. En esa reunión, Juan Vela Presidente de la UADUAL y Rector de la Universidad de La Habana, alertó sobre la amenaza que representa la visión de la Organización Mundial de Comercio que quiere aplicar a la enseñanza las mismas reglas que hay para las mercancías y enfatizó: la educación es un derecho de los pueblos, de los jóvenes y por eso la Red Continental de Universidades de América Latina y el Caribe, firmada por más de 500 instituciones y organismos educativos, hará una defensa de dichos principios, además de articular planes de estudio que fortalezcan la integración de los países latinoamericanos y del Caribe y defender la autonomía universitaria. Más adelante volveré sobre este asunto.

Finalmente podemos decir que el Estado nacional de competencia de ninguna manera es social y políticamente más atractivo que el Estado fordista de seguridad. Desde diferentes perspectivas es mucho más brutal, antidemocrático y excluyente, sin embargo, el modelo de sociedad que se perfila ante las actuales condiciones no carece de alternativas que deben ser generadas a partir de la relación de fuerzas sociales, de la acción política y de la búsqueda del dominio de la sociedad sobre el conocimiento, las cosas y los medios para construirlos.

Por otro lado, y dado que tratamos un tema colmado de expresiones técnicas, tecnológicas, estéticas y cósicas que nos refieren a la modernidad, creo necesario dilucidar a qué modernidad me refiero cuando la traigo a colación. En este caso particular el término modernidad adquiere gran relevancia. “Hace alrededor de cincuenta años, “moderno” tenía dos connotaciones claras.

Una era positiva y miraba hacia delante: “moderno” significaba la tecnología más avanzada. El término estaba situado en el marco conceptual de la supuesta interminabilidad del progreso tecnológico, y por consiguiente de la innovación constante. Esa modernidad, en consecuencia, era una modernidad que pasaba muy rápido, lo que hoy es moderno mañana será anticuado. Esa modernidad era muy material en su forma: aviones, aire acondicionado, televisión, computadoras. El atractivo de ese tipo de modernidad todavía no se ha agotado. [...] Pero hay miles de millones –no millones- de personas en Asia y en África, en Europa oriental y en América Latina y el Caribe, en los barrios más pobres de Europa occidental y Estados Unidos, que anhelarían disfrutar plenamente ese tipo de modernidad.”

En contraposición a esta tendencia –por demás conformada durante la primera mitad del siglo XIX- existía otra connotación de la modernidad. Una modernidad anti medieval en contra de “la estrechez mental, el dogmatismo y sobre todo las constricciones de la autoridad”. Se trataba de una oposición a la modernidad basada en el progreso tecnológico para alcanzar el triunfo de la humanidad sobre sí misma. Se trataba pues de una modernidad liberadora no pasajera.

“Ese par simbiótico ha constituido la contradicción cultural central de nuestro sistema mundial moderno, el sistema del capitalismo histórico. Y esa contradicción nunca ha sido tan aguda como hoy, cuando conduce a crisis no sólo institucionales sino también de moral.”

La discusión entre la modernidad tecnológica y la modernidad liberadora se expresaba con bastante nitidez entre William Morris (1834-1896) y el inicio de la Bauhaus (1919). Las declaraciones, debates públicos, manifiestos, textos diversos, programas académicos, industrias y talleres, las cosas y los diseños ponen de manifiesto que, al menos en el ámbito de la ornamentación de los objetos o la forma y función social de éstos, no había acuerdo entre los años que van de 1830 y, probablemente hasta 1945. De hecho, se podría decir que el desacuerdo persiste.

Ante semejante contradicción la crítica a la ética positivista del trabajo-fatiga y a la ética estetizante fundada en el juego-gozo, nos muestran el desdibujamiento de las autorrealizaciones del género humano construidas en el capitalismo histórico, en la modernidad tecnológica. Por tanto, nuestra energía debe comprometerse en la construcción –por cierto, en marcha- de una ética (trabajo-pensamiento), por una parte, del principio de liberación y, por otra, de la elaboración intelectual-satisfactiva de un mundo proyectado en la comunidad del género y, por ello, de un mundo más humano y más humanamente gozado (Cerroni 1973).

De la crítica propuesta se deriva que la modernidad tecnológica como exaltación del trabajo como fuente del valor, y de la fuerza de trabajo como elemento constructivo-enajenante del mundo humano viene a ser un estrechante y dogmático aspecto del capitalismo histórico. La crítica y la acción podrían conducir a una plena integración humana de la capacidad de construir y de la capacidad de proyectar, liberando al género humano de la sujeción actual a la fatiga y al otro hombre y otorgando a la inteligencia (a la ciencia) una incidencia directa en la creación de los conocimientos y los objetos, de tal forma que la laboriosidad humana debe hacerse social y racional y la creación de los objetos debe hacerse auténticamente social e incisiva en la liberación del género humano (Cerroni 1973).

El análisis debe alertar, por tanto, sobre la idea de que el progreso técnico-científico, y por consecuencia la creación de objetos, artefactos y productos determine automáticamente la solución de los problemas humanos. En este sentido el análisis deberá poner especial atención a la dicotomía que opone a los creadores de objetos con los consumidores y productores de estos en un modelo en el que la creación de los objetos rechaza y tuerce (por gracia de la mercadotecnia y la acumulación creciente) la subjetividad de los producen y los que consumen los objetos. Más aún, el capitalismo histórico logró crear una convincente ideología en la que la creación de objetos es vista como un acto individual con efectos socializantes y liberadores, logrando así que dicha creación se sitúe por encima y por afuera de la auténtica socialidad que permita transformaciones en la subjetividad de los creadores y asuma la centralidad de la subjetividad de los consumidores. Con estos elementos de análisis podríamos “impensar” también la forma, la estética y la función de los objetos y contribuir a desentrañar el significado oculto de las cosas, de las mercancías y los medios para crearlas.

Este es un conjunto de conceptos que contribuyen a impensar para desentrañar los fundamentos del diseño moderno y su enseñanza, por lo que me parece necesario realizar una crítica que profundice en las ideas de los creadores del diseño, no para hacer una historia cronológica de los personajes involucrados y de hechos consumados (asunto que ya otros han realizado), pero sí para desmitificar aquella idea de un mundo en el que los objetos, la tecnología, son el eje de la liberación y proponer, en todo caso, cuáles serían los componentes estratégicos de un diseño calificador y cualificador de quien lo diseña, lo produce y lo consume como componente esencial de su apropiación y dominio sobre las cosas construidas, sobre los diseños.

¿Qué papel deben desempeñar entonces las nuevas tecnologías para la formación de los futuros diseñadores? Es algo que aún no hemos impensado suficientemente, pero es la cuestión que nos trae a este encuentro y lo que me motivó a realizar la introducción a la exposición que haré a continuación.

Antes debo aclarar que el proyecto inicial, aún en construcción que expondré, está basado en una concepción de la universidad pública que referiré muy brevemente para dar marco al proyecto concreto.

Se trata de generar una organización que posibilite la preparación de futuros cuadros profesionales y de futuros estudiosos del saber, en el sentido de que hasta hoy las disciplinas han controlado los patrones organizacionales de los estudios y, por consecuencia, de las relaciones entre éstos y otras disciplinas o prácticas universitarias de manera tal que las estructuras disciplinarias han cubierto a sus miembros de una capa protectora, y no han alentado a nadie a cruzar esas líneas, impidiendo así la superación de los marcos estrechos de las disciplinas para propiciar una organización alternativa de la producción, reproducción y socialización del conocimiento (Wallerstein 1998).

Esto implica el reconocimiento de que los principales problemas que enfrenta nuestra sociedad compleja no pueden ser resueltos descomponiéndolos en pequeñas partes que aparentemente son fáciles de manejar, por el contrario, se requiere abordar estos problemas al nivel de toda su complejidad y en sus interrelaciones, lo que atraería a la sociedad no sólo al reconocimiento de

sus universidades públicas sino que generaría su mayor defensa y la participación social para mejorarla en todos sentidos.

Dentro de este proceso de apertura, la universidad no podrá mantenerse al margen de un mundo en el cual, una vez que se ha excluido a la certeza, el papel de los universitarios está cambiando y la idea de la actividad universitaria neutral está sometida a un cuestionamiento severo caracterizado por el aumento de la creatividad humana en todas sus expresiones en un proceso de complejización social, política, cultural, científica y tecnológica, lo que correspondería hoy a un movimiento transdisciplinario vigoroso. En esta defensa adquiere gran importancia la recientemente constituida Red Continental de Universidades de América Latina y el Caribe ya que puede convertirse en un arma poderosa para enfrentar no sólo la amenazante mercantilización que están llevando a cabo empresas transnacionales con programas “patito”, como decimos en México para referirnos a la poca calidad de algunas instituciones privadas cuyo único interés es mercantil, sino también la descalificación que conlleva la reducción de los individuos a la simple expresión de su oficio.

Con base en este marco, y con los objetivos que hoy destaca la UDUAL, es que en el año 2000 nos avocamos a diseñar un proyecto para la incorporación de nuevas tecnologías para la formación de los futuros diseñadores. El eje es la complejización, la superación de los marcos estrechos de las disciplinas, la vinculación con los problemas reales de la sociedad y sus actores, especialmente aquellos que han asumido una posición anti sistémica. En suma, colocar a los estudiantes ante panoramas y situaciones reales, enmarcadas por las relaciones históricas que les dan origen y significación que les conduzca a la crítica, la creatividad y el desarrollo de ese movimiento transdisciplinario vigoroso tan necesario.

D.I. Luis Romero Regús

Profesor investigador Titular

Departamento de Teoría y Análisis

División de Ciencias y Artes para el Diseño

Unidad Xochimilco